

A la vez, la aberrante tendencia a lo fácil, a la disminución de los programas de estudio, a conocer con anterioridad las preguntas de los exámenes, al regalo de puntos para aprobar determinadas asignaturas o el aprobado innmerecido que se practicaba; no en toda la Universidad, sino excepcionalmente en algunas asignaturas de determinadas carreras por algún profesor reclutado por esta práctica, por amenazas o influencias de aquella sociedad, pero que creaba un clima de complicidad como si todos lo hicieran. José Antonio erradicó totalmente estos métodos, actuando con valentía y energía contra los agentes del gobierno tiránico y los procedimientos bonchistas. La Universidad quedó moralizada. Inmediatamente se puso en práctica en las filas revolucionarias que el estudiante verdaderamente revolucionario es el buen estudiante y que además ejerza la elevación de su cultura general. Y esa es parte fundamental de su mensaje en la lucha contra la tiranía. La Universidad y todos los centros de enseñanza del país se convirtieron en baluartes de la cultura frente a la tiranía.

En esa dirección también se organizaron actividades culturales con la cooperación de grandes artistas revolucionarios de la música y la danza, de las artes plásticas, del cine y el teatro, y con toda la intelectualidad que nos apoyaba, se organizaban conferencias en el Aula Magna y otros recintos universitarios.

Además, ningún compañero futuro combatiente de la lucha armada podía exhibir su arma de combate en el territorio universitario; se debía andar desarmado, el arma sería la conducta. Se tocarían las armas solamente cuando se hicieran prácticas de armamento de forma clandestina bajo un control y disciplina estrictos en determinados días y horas en locales estudiantiles o extra universitarios. Toda la fuerza mental y física al servicio de nuestras ideas contra la dictadura se haría en las manifestaciones de calle, cuando José Antonio, apoyado en el Directorio Revolucionario de la FEU, nos convocara. Y así se hizo.

Las más contundentes manifestaciones de toda su historia partieron de la Universidad a desafiar a la tiranía, sacándoles sus malas entrañas a la luz pública, no solo en Cuba sino en todo el mundo. La consigna del enfrentamiento era la de no retroceder, la de pelear con los puños frente a las armas, defendiendo como nuestro territorio la calle, porque la calle es del pueblo, hasta derrotarlos sumergiéndolos en su impotencia de esbirros.

Así salió cada vez José Antonio acompañado de Fructuoso y de toda la dirección en primera fila, seguidos desde la segunda fila por sus comandos del Directorio, sin ceder ni un milímetro. Ese era su entrenamiento para vencer al miedo y hacernos más temiblemente fuertes y estar listos para cuando llegara la hora de empuñar las armas en la nueva guerra necesaria que se avecinaba.

Y en esa práctica, José Antonio nos unió al movimiento obrero. De ellos aprendimos y ellos aprendieron de nosotros, y después de muchas escaramuzas nos fuimos a la huelga azucarera aplicando juntos, obreros y estudiantes, lo que aprendimos. Los obreros salieron de sus centrales y fueron hacia las ciudades a unirse con los estudiantes, provocando una conmoción que puso en crisis a la tiranía que se tambaleó, pero faltaron las armas. Cuando el tirano reaccionó después de la huelga dio órdenes de ensangrentar más al país. Cuando estaban más listas que nunca las fuerzas represivas para tirar a matar, José Antonio se reunió con sus compañeros del Directorio de la FEU y examinando la situación quiso, lo que podríamos llamarle, “hacerle una consulta al pueblo”.

La lucha de masas estaba al máximo de su radicalización y la tiranía se proponía ahogarla en sangre. Estábamos en 1956, el año de “ser libres o ser mártires” proclamado por Fidel, que en México preparaba un ejército revolucionario para venir a cumplir con la palabra empeñada; por tanto, entrábamos en el año de la guerra ambas partes, por lo que estaba justificado que nosotros también eleváramos la técnica de la lucha; para que cuando atacaran nuestras manifestaciones con la orden de tirar a matar, nosotros le respondiéramos con las armas también en defensa de nuestras manifestaciones. Esa táctica se puso en práctica el 2 de diciembre de 1955, con el resultado de una docena de policías y dos comandantes heridos.

Al mismo tiempo elevábamos el nivel de la lucha de masas al ir preparando también el ánimo del pueblo para recibir la expedición armada del Movimiento 26

de Julio, comandada por Fidel.

José Antonio lógicamente no podía, aunque hubiese tenidos los medios, realizar una encuesta para preguntarle al pueblo si aprobaba nuestra decisión, pues la tiranía habría asesinado a los posibles entrevistadores. Entonces contactó por vía del aparato clandestino a los periodistas de las emisoras de radio y televisión, como los de Radio Reloj y la CMQ y la de los periodistas de los diarios El Mundo, Avance, Prensa Libre; en fin, con todos, pues los que no se contactaron directamente, lo hicieron después los propios periodistas entre sí y la respuesta que recibió fue formidable.

Decían que la opinión pública había aprobado el método hasta con alegría; y se hacía el chiste de que por primera vez habían perdido los azules (la Policía) 12 a cero, al referirse a la riposta armada del día 2 de diciembre. De esta forma fue llegando el estado de opinión, que resultó totalmente positivo para incrementar el optimismo de José Antonio y de todos nosotros, que estábamos actuando según el plan. Pero en fin, todas las fuerzas estaban tensas, como en una cacería y la mirada puesta en México.

Las condiciones estaban creadas. Estábamos a mediados del año 1956. José Antonio se reunió con la dirección del Directorio Revolucionario de la FEU. Fueron varias reuniones. Se reuniría con Fidel en México al regresar del viaje que haría hacia Sur América para la reactivación del proyecto de la Federación de Estudiantes Universitarios de América Latina.

La entrevista consistió en hablar sobre los planes del inicio de la lucha armada frontal con la fuerza expedicionaria que al mando de Fidel, desembarcaría próximamente y nosotros estar preparados. Se elaboró una declaración conjunta para ese fin, firmada por ambos en nombre de las organizaciones por ellos representadas. Así surgió la Carta de México.

El Directorio Revolucionario y el Movimiento Revolucionario 26 de Julio ya estaban en pie de guerra; el primero con la puesta en práctica de defender con los armas las acciones de masas que fueran reprimidas por la violencia armada de la Policía, y el segundo ya preparado para partir y desembarcar en Cuba y desencadenar la lucha insurreccional. Las condiciones de guerra ya estaban creadas en el país y se radicalizaría aún mas a partir de las reuniones de Fidel y José Antonio; aunque en sus momentos la organización militar de Fidel había recibido duros golpes de la Policía mexicana que les ocupó una parte importante de las armas; y por la parte de José Antonio, en ese momento disponía solo de un pequeño arsenal.

Las dificultades se vencieron y Fidel partió al frente del contingente armado desembarcando en Cuba el 2 de diciembre de 1956, tras una gloriosa acción de apoyo del Movimiento 26 de Julio en Santiago de Cuba. Al mismo tiempo, José Antonio había captado a un grupo de jóvenes revolucionarios que lo admiraban e ingresaron al Directorio, y siendo depositarios de un gran arsenal, se lo entregaron a él y se pudo realizar el levantamiento armado del 13 de marzo de 1957.

Cuántas dificultades interpuestas en el camino tuvieron que vencer ambos jefes, partiendo de lo que parecía imposible, para iniciar como Martí la guerra necesaria. Estos son el prototipo de hombres de la Revolución.

Y por cuántos descabros más tuvieron que pasar Fidel y José Antonio desde el propio desembarco del Gramma y durante la preparación del día que sería el 13 de Marzo. Escojo palabras de Fidel, pronunciadas el 13 de marzo de 2002, como el mejor cronista de aquel momento:

“Todavía escucho el extraño tic tac de Radio Reloj, mudo de palabras. Desde una montaña a mil metros de altura en el corazón de la Sierra Maestra, con sólo doce hombres, tratábamos de escuchar aquel misterio. ¡Algo grave sucedía! Lejos estaba de imaginarme que en aquel instante un grupo de heroicos compatriotas, con José Antonio al frente, estaban llevando a cabo el compromiso de luchar unidos para derrocar la tiranía y llevar a cabo la Revolución Cubana, suscrito en México entre el Movimiento 26 de Julio y la Federación Estudiantil Universitaria el 30 de agosto de 1956... De ambas fuerzas que habían firmado la Carta en aquellos instantes no quedaba prácticamente nada”.

Un acto criminal de la contrarrevolución y sus amos yankis

■ Eduardo Palomares Calderón

“Quieren destruir nuestras industrias a cañonazos”, dijo Fidel al denunciar ante el mundo en la noche del 13 de marzo de 1961, que el ataque llevado a cabo en la madrugada de ese día contra la refinería de petróleo, de Santiago de Cuba, constituía “una muestra más del cinismo y la desfachatez con que los gobernantes yanquis apoyan a la contrarrevolución cubana”.

Lejos de ser un hecho aislado, la cobarde acción, que cegó la vida del marinero René Rodríguez Hernández, ocasionó heridas a un miliciano y dejó sensibles daños en la instalación, formaba parte de la hostilidad incrementada por la administración norteamericana a medida en que se radicalizaba el proceso revolucionario, y que tras otras acciones terroristas desencadenarían en la invasión derrotada un mes después en Playa Girón.

Trascurridos 50 años, el entonces jefe del destacamento de protección de la refinería, capitán del Ejército Rebelde, Juan Vicente Ricalo Palay, rememora basado en su experiencia en la lucha clandestina y guerrillera, cómo las pruebas aportadas en la investigación de los hechos confirmaron la enérgica acusación realizada por el Comandante en Jefe.

“Todo aconteció aprovechando el factor sorpresa en la madrugada de aquel lunes, y por la cadencia de disparos efectuados en diferentes puntos de la bahía y la forma de maniobrar, podía apreciarse que se trataba de mercenarios expertos tiradores, dotados de medios de orientación y a bordo de una lancha bien artillada, procedente de los Estados Unidos o más bien de su base naval enclavada en Guantánamo, señala Palay.

“Primero —prosigue—, desembarcaron muy próximo a la refinería Hermanos Díaz, en Cayo Ratón, donde luego al amanecer detectamos pisadas de sus botas y la colocación de explosivos en la base de una torre de electricidad de alta tensión, que no voló porque al parecer, uno de ellos rompió accidentalmente en la oscuridad el cable conectado a la batería de la carga.

“Ya en el ataque, la lancha disparó sobre la instalación industrial con fuego de ametralladoras que perforaron tres enormes tanques de combustible, mientras la torre atmosférica de 107 pies de altura, destinada a la destilación del petróleo, era impactada por un proyectil de cañón 57 milímetros, de fabricación norteamericana, que desató un incendio”.

Al ser rechazados por los combatientes y milicianos que custodiaban la planta, los agresores emprenden la retirada ocultándose por la orilla que circunda la carretera turística, y al recibir, a la altura de Punta Gorda, el alto por la dotación que integraba René Rodríguez, disparan aprovechando la iluminación de la casa existente en aquella posición.

Combatiente del II Frente Oriental “Frank País García”, René es incorporado al triunfo de la Revolución a la Marina de Guerra Revolucionaria. Casado y con dos hijos menores, aquella noche disparó valientemente todo el cargador sobre los atacantes, y al ir por más municiones es alcanzado por una ráfaga de ametralladora en la cabeza.

“Fíjese si esos asesinos estaban bien entrenados, precisa Palay, que desde la marcha sus balas impactaron los nidos de ametralladoras que teníamos en Cayo Ratón y la refinería, la columna de la casa donde se parapetó René, rompieron el reflector, hirieron un miliciano en La Socapa, y alcanzaron la planchuela de la ametralladora calibre 50, que los hostigó desde el Castillo del Morro”.

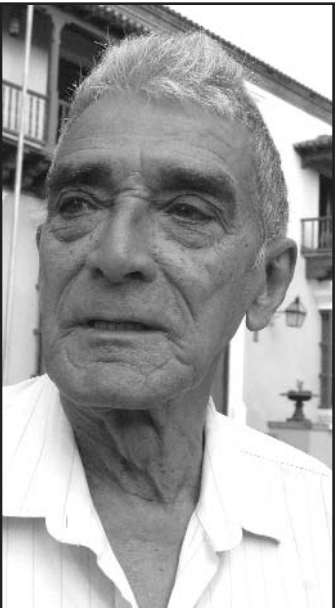


Foto: Miguel Rubiera Jústiz